



## HISTORIA DE MANQUI Y CHICO LUGO: MI HIJO DESAPARECIÓ Y FUE COMO SI UN PAPEL SE LO VOLARA EL VIENTO

**M**e llamo María Cleofas Lugo Torres, pero todos me conocen como Manqui. Nací en un ejido cañero, muy cerca de Los Mochis. Mi papá era ejidatario y sembraba chile, tomate, papa y caña. Empecé a trabajar muy chica ayudándole a mi papá en la siembra, y desde entonces siempre he trabajado. Pero ya el campo no da como antes y se acabó el cultivo de la caña, por lo que empezamos a trabajar en la ciudad. He trabajado como mesera en restaurantes muchos años, los últimos cinco en una birriería. Tengo cuatro hijos, tres hombres y una jovencita. Mis hijos son lo más importante de mi vida, y cuando Juan Francisco desapareció, el 19 de junio de 2015, todo cambió para mí. Él es el mayor de los cuatro, y tenía 33 años cuando se lo llevaron.

Él nació el día que murió mi madre, y para mí fue como un regalo de Dios que me consoló en ese momento tan triste. Yo le había pedido a Dios que fuera niño y me cumplió mi deseo. Recuerdo que entonces había un anuncio de los pañales *KleenBebé*, y tenían la carita de un niño gordito; yo lo veía y pensaba: el día que tenga un hijo va a ser así. Cuando me casé y quedé embarazada, que se me cumple el deseo y nace el niño igualito, igualito al del anuncio. Desde entonces fue mi alegría, nos hacía reír mucho, era muy bromista. Se reía de cualquier cosa y me hacía bromas para que yo estuviera riéndome todo el tiempo. Él tenía su carácter, pero tenía la gracia de hacernos bromas, porque cuando uno no se quería reír, él soltaba las carcajadas y ya nos teníamos que reír y ni sabíamos por qué. “Chiste salado”, nos decía. “¿Cómo es el chiste salado?”. “Pues échese sal en la boca pa’ contarlo”.

De niño decidió que él y sus hermanos se iban a cambiar de nombre. Él escogió llamarse Chico Lugo San Miguel, a sus hermanos les puso Chequelío Ruxel, Lugu Manzanero, y Peloloti a la niña, a ninguno le quiso poner el apellido de su papá. Tal vez porque nunca encontró en su padre el amor y el apoyo que necesitaba.

Yo digo que fue su padre el que influyó en que le fuera cambiando el carácter; conforme fue creciendo se volvió muy renegado y enojón. Su papá le pegaba mucho de chiquito, lo maltrataba muy feo. Por ejemplo, cuando él quiso ser beisbolista se metió a un equipo y le dieron uniforme, su padre no le dio permiso, le quitó las camisetas y todo lo que le habían dado y fue y lo devolvió. Igual lo frustró en la escuela, él se sacaba puros dieces, era un excelente estudiante. Gracias a eso sacó una beca, pero el papá se la quitaba. Se lo llevaba a cobrar la beca y le decía: “No te voy a dar el dinero porque es mío, me debes lo de tus pasajes”. Así que ni le daba dinero ni le dejaba usar su beca para transporte, se venían a pie del ejido en el que vivíamos, eran como 4 kilómetros. Su padre me lo frustró mucho en su niñez y adolescencia. Por eso él quería ser Chico Lugo San Miguel y no Juan Francisco Angulo, como era su nombre.

Solo él y el que le sigue, que se llama Ezequiel, terminaron la preparatoria; al tercero, Jesús Armando, no le gustó la escuela y sólo hizo la secundaria. Los tres se metieron a trabajar al ayuntamiento en obras públicas, hacían trabajos de electricidad y mantenimiento. Juan Francisco se casó muy joven, a los 19 años, con una muchacha de aquí de Los Mochis, y tuvieron a mi nieto Enrique. Desde los dos meses yo me hice cargo del bebé, porque los dos trabajaban. Era como si fuera mi hijo, hasta la mamá me ofreció, cuando el niño entró a la primaria, que me daría los papeles para que yo tuviera la custodia. Pero luego cambió de opinión y cuando tenía nueve años me lo quitó y a mí me dolió mucho, porque para mí ya era un hijo más.

Cuando ellos empezaron a tener problemas mi hijo se regresó a vivir a la casa. Las cosas estaban tan mal entre ellos que ella puso una orden de restricción para que no se acercara a su casa. Después me enteré de que una vez que él quería ver a su hijo, ella llamó a la policía y lo

golpearon, hasta le rompieron un dedo. Él no me quiso decir nada para no preocuparme, me dijo que se había lastimado en el trabajo. Aparte de este incidente, ninguno de mis hijos ha tenido nada que ver con la policía, ninguno ha pisado la cárcel. Eran noveleros, cuando tomaban gritaban y cantaban, eso sí. Pero de que la policía tuviera algo que ver con ellos, nunca.

En general yo estaba tranquila, porque los tres tenían un trabajo estable y no se metían en problemas. Pero las cosas se empezaron a poner feas aquí en el ejido, empezó la venta de drogas y los policías se hacían de la vista gorda, yo creo que ellos también sacaban ganancia de todo eso. La vida en el ejido cambió, ya no era seguro salir de noche y varios jóvenes desaparecieron. Mis hijos no se metían con nadie, saludaban a los malos y a los buenos, porque había que convivir con ellos. Aunque sabíamos que el ejido se había vuelto peligroso, él nunca se tomaba en serio nada y bromeaba sobre los sicarios y los levantones. Por eso, cuando se lo llevaron, al principio yo no lo quería creer, pensaba que era una broma más.

Pero el 19 de junio de 2015 este peligro que nos acechaba finalmente marcó la vida de toda mi familia. Mi hijo Juan Francisco fue a hacer un trabajo con su equipo del ayuntamiento, era una instalación de luz. Después me enteré por algunos de sus compañeros de trabajo que llegó una camioneta *Explorer* color tinto, sin placas; era una camioneta que ya habían visto rondando las oficinas del Sindicato de Trabajadores del Ayuntamiento. Todos se echaron a correr, porque ya había habido levantones en la zona: se llevan a los jóvenes para ponerlos a trabajar. Pero mi hijo tenía una rodilla lastimada, iba con rodillera, y no pudo correr tan rápido como los demás, así que fue a él al que se llevaron. Todo esto lo supe porque se lo contaron a su esposa, a mí no me dijeron nada. Hay muchos rumores, que tal vez iban por otro de sus compañeros, pero se lo llevaron a él. Me han contado cosas que me angustian mucho; dicen que lo golpearon brutalmente, que lo torturaron para obligarlo a hacer cosas que él no quería hacer, que le dieron dinero para que fuera a “hacer un trabajo” y él dijo que no, prefirió morir antes que lastimar a nadie. Era muy buen amigo, para él la amistad siempre fue importante,

se lo inculqué yo: “el amigo es como tu hermano, siempre hay que dar la cara por ellos cuando ves que tienen la razón, cuando no, hazte a un lado”. Sé que él era incapaz de hacerle daño a nadie y tal vez por eso lo mataron, porque no quiso trabajar para ellos.

Cuando me avisaron que lo habían levantado fui con su esposa a poner la denuncia, pero nos dijeron que teníamos que esperar 72 horas. Para mí esos tres días fueron eternos, esperar 72 horas, cuando en cinco minutos se te puede ir la vida. Estaba desesperada y no sabía qué hacer, y tuve poco apoyo de mi marido.

Las primeras semanas fueron terribles, no sabía ni por dónde empezar a buscar. Regresamos el lunes a poner la denuncia, pero ahí quedó el expediente. Dijeron que llamarían a los compañeros de trabajo que estaban con él para que declararan, pero luego supe que nunca los llamaron. No hicieron absolutamente nada. Cada ocho días regresaba a la Procuraduría para ver si habían averiguado algo, hasta que un día el licenciado que estaba en el turno me dijo: “Si usted averigua algo venga para apuntarlo en el expediente”, y yo le respondí: “¿Cómo voy a averiguar?, si por mí fuera, pues dónde no anduviera buscando, pero no sé dónde pueda estar”. Ahí me quedó claro que ellos nunca buscarían a mi hijo.

Entonces fui a buscar a las funerarias. Ahí conocí a un señor que trabaja en una funeraria, que se llama Camil, y que ha sido un gran aliado de todas nosotras, nos apoya mucho cuando llegan cuerpos que no han sido reconocidos. Ellos los guardan ahí en las funerarias porque no hay una morgue en Los Mochis, y muchas veces nos pasan información. Esa vez había llegado un joven asesinado que llevaba tenis negros. Me dejó ver la ropa que llevaba. No pude ver el cadáver, pero la ropa no era de mi hijo. Le dejé mis datos por si le llevaban otros cuerpos que no hubieran sido reconocidos.

Estaba desesperada y fui varias veces a buscar a sus compañeros de trabajo a las oficinas del Sindicato, pero ellos se me ocultaban, tal vez tenían miedo de que les fuera a pasar algo. El Sindicato me dio un pequeño apoyo económico que me sirvió para poder seguir buscando. Me contacté con un familiar que trabajaba para la policía y que también

había perdido a un hijo en el ejido, y él me dijo: “Comadre, usted no haga nada con la policía, ni se arrime ni alborote nada, porque todos los que están ahorita son muy corruptos y están metidos con la misma gente que se los lleva”. Eso me dijo, y ahí entendí por qué sus compañeros no quieren decir nada, hay mucho miedo.

Me sentía muy sola en la búsqueda, me iba por los canales a buscar, a las intermediaciones del ejido, pero no tenía ni carro para moverme, todo lo hacía a pie. Pero un día una cuñada, que también tenía un hijo desaparecido, me avisó que en la biblioteca del ejido Carrillo habría una charla de un grupo de madres que también habían perdido a sus hijos y que se llaman Las Rastreadoras. Ahí conocí a Mirna Medina y encontré una nueva familia que ha estado conmigo estos últimos tres años. Puedo decir que fue el grupo el que me regresó la vida, porque yo ya me estaba muriendo. Mirna me dijo: “Aquí somos un grupo, nos vamos a ayudar, esto te va a servir de terapia para que salgas adelante”. Y así ha sido, tengo con ellas ya un compromiso: si encuentro a mi hijo seguiré participando para encontrar a los hijos de las demás.

Hacerme a la idea de que estaba muerto y podía encontrar sus huesos en una fosa fue muy difícil, y las primeras veces que salí a búsqueda me daba mucho miedo. Ahora ya me acostumbré, no me da miedo cuando estamos buscando, sino después, que ya estoy en la casa y analizo lo que pudo haber pasado, es cuando me pongo a pensar, ¿y si hubiera pasado esto o lo otro? Muchas noches no puedo dormir de sólo estar pensando. El miedo no es sólo por mí sino por todas las compañeras, porque muchas veces buscamos en zonas que están bajo control de sicarios. Una vez, por ejemplo, íbamos directito a un campamento de sicarios, cuando nos dimos cuenta salimos corriendo, pero ahí nos podrían haber matado. O esa vez que ustedes nos acompañaron y escuchamos balazos. En el momento estaba muy controlada y sabía que nos teníamos que cuidar entre todas, pero ya en la noche, cuando había pasado todo, me entró un miedo de pensar que hasta a ustedes se las podrían haber llevado, por andarnos apoyando.

Pero cada vez que da positivo una búsqueda pienso en esas madres que tendrán por fin paz y eso me anima a seguir adelante. Siempre da

tristeza ver cómo los encontramos, pero también hay una satisfacción de pensar que le regresaremos a una familia a sus hijos. Un día me tocó encontrar nueve cuerpos en una fosa, y luego con las pruebas de ADN pudimos encontrar a sus familias. Pero a mí aún no me toca encontrar a mi hijo, seguimos buscándolo.

Creo que por todo lo que ha pasado es que se afectó mi salud y tuve la embolia. Soy diabética y la verdad no me cuidaba, no seguía dieta ni nada. Fue muy difícil porque pensé que ya no podría salir a buscar. Cuando estuve hospitalizada ellas fueron a verme y todo, ya son mi familia. Ahora me he puesto mejor, ya aprendí la lección y me tomo el medicamento y me cuido, no puedo darme el lujo de enfermarme y dejar de ir a las búsquedas. Mi familia no quiere que vaya, sobre todo mis hermanas; me dicen que me pongo en peligro, que no sé lo que vaya a encontrar, que mejor lo deje en las manos de Dios, pero yo les respondo: “Dios dijo, ayúdame que yo te ayudaré”. Así que hay que seguir buscándolos con la ayuda de Dios, porque con la ayuda del gobierno no los vamos a encontrar nunca. Hace más de un año que me tomaron la muestra de ADN y ahora dicen que hay que tomarla de nuevo, no entiendo por qué. Mi marido ya me dijo que él no vuelve a ir, ya no quiere apoyar en nada.

Me preocupa también mucho mi nietecito, su mamá se lo llevó a Tijuana un tiempo, pero ya regresaron. A él le dijeron que su papá se había ido de viaje, pero ya está más grandecito y como que empieza a entender qué fue lo que pasó. El otro día me dijo: “Nana, ¿qué quiere decir levantón?”. “Pues que se llevan a la gente para otra parte y no saben pa’ dónde se lo llevaron”. “¿Y a mi papi lo levantaron?”. “No sé”. “Dice mi tío que lo levantaron”. “Creo que sí, no sé”, le digo. “¿Pero va a regresar algún día, nana?”. “Pues no te sabría decir, igual un día, Dios sabe lo que hace”. No puedo mentirle, sólo Dios sabe dónde está mi hijo.

Lo único que quiero es encontrarlo. No quiero venganzas, como otras, contra los que se lo llevaron. A Dios le toca juzgarlos, no a mí; no soy como Claudia, que no perdona y que desea que a los que se llevaron a su hijo les pase lo mismo. Yo no, yo no les deseo a las madres o a los hijos de estas personas lo que nosotros estamos viviendo,

qué culpa tienen otros inocentes, por ejemplo los hijos de los malos. ¿Qué culpa tienen ellos que su padre sea un sicario? No tienen, y si su hijo era malo, ¿qué culpa tiene la madre? Yo no quiero venganza, porque pienso en toda esa gente inocente que sufriría. Ni la madre tiene la culpa, porque uno nomás tiene los hijos y hace uno lo mejor que puede por educarlos, nadie sabe en qué se van a convertir. La verdad no creo ya en la justicia del Estado. Mi hijo desapareció y para ellos fue como si un papel se lo volara el viento.

INTERROGANTES.  
MANQUI, CON AGRADECIMIENTO POR TODO  
LO COMPARTIDO

*¿Quién se ha robado las vidas de sus hijos?  
¿Quién plantó tanto miedo por las calles?  
¿Quién permitió que ganara la violencia?  
¿Quién respondió con tanta indiferencia?  
¿Quién olvidó la dignidad humana?  
¿Quién ocultó los cuerpos, borrando la existencia?  
¿Cómo mantener la sonrisa, a pesar del dolor?  
¿Cómo transmitir amor, cuando florece el odio?  
¿Cómo perdonar la maldad, cuando destruye todo?  
¿Cómo llenar el vacío, que ha dejado la ausencia?  
¿Cómo convertir en gritos, los silencios?  
¿Cómo enfrentar los olvidos, con memorias?  
Quienes hicieron tanto jamás imaginaron  
las fuerzas de las madres que removieron todo:  
las plantas, las piedras, la tierra, las conciencias,  
tejiendo solidarias los espíritus rotos,  
construyendo familias más allá de la sangre,  
haciendo de los cuerpos tesoros amorosos.*

*Esa mujer valiente, con los cabellos blancos y la mirada dulce,  
su sonrisa, su amor, su bondad, su constancia,  
su búsqueda incesante, con pala, pico y fuerza,  
respondió sin palabras tantas interrogantes.  
Con la broma constante, el abrazo solidario,  
me enseñó que el amor es más fuerte que el odio.*

R. AÍDA HERNÁNDEZ